

Estrategias de autorización del propio discurso. La heroicidad espejada de José Martí en el discurso anarquista de Alberto Ghiraldo[†]

Marcos Olalla*

Resumen

Analizamos en este artículo las dimensiones epistémica, moral y política en el discurso estético del escritor anarquista argentino Alberto Ghiraldo (1875-1946), a propósito de su examen de la figura y obra de José Martí en virtud de su intento de edición de las primeras Obras Completas del cubano a partir del año 1925. Sostenemos que la tentativa de dotar de una función cognitiva y moralizante a la escritura tiende a perder de vista las formas contingentes de articulación política, y con ello a deshistorizar sus prácticas en beneficio de la configuración de un maximalismo escatológico.

PALABRAS CLAVE: cognición, moralidad, política, Alberto Ghiraldo, Martí, discurso estético.

Abstract

The epistemic, moral and political dimensions of Argentine anarchist writer Alberto Ghiraldo's aesthetic discourse are examined here. This analysis is based upon his views of Jose Martí's life and work as regards Ghiraldo's attempt to edit the Cuban writer complete works ever since 1925. We hold Ghiraldo's intent to give an epistemic and moralizing function to his writing tends to lose sight of the contingent forms of political articulation, and thus to dehistoricize practices on behalf benefit of the configuration of an eschatological maximalism.

KEYWORDS: cognition, morality, politics, Alberto Ghiraldo, Martí, aesthetic discourse.

[†] Recibido: mayo 2015. Aceptado: agosto 2015.

* CONICET - Universidad Nacional de Cuyo.

1. Introducción

El pensamiento estético y político de Alberto Ghiraldo (1875-1946), uno de los intelectuales anarquistas más importantes de las primeras décadas del siglo XX en la Argentina¹, constituye un documento insoslayable en todo análisis de los anclajes ideológicos específicos de la estética modernista en virtud de su inscripción en un discurso libertario de tono programático. La singular experiencia estética modernista, ligada a los contornos todavía imprecisos de la figura del intelectual en el escenario de la naciente autonomía del campo cultural², fue resignificada en términos políticos por el escritor ácrata (Olalla, 2010). Para Ghiraldo el *locus* político de la literatura estaba dado por su exclusiva capacidad para revelar a todos los segmentos de la sociedad la racionalidad emancipatoria del curso histórico. Sobre el fondo de este fundamento, constituido como la postulación del carácter ineluctable del desarrollo histórico, Ghiraldo entendió el fenómeno político como fetichización de las relaciones materiales, en cuyo escenario el lenguaje libertario abría un espacio para una comprensión desalienada de la realidad. Este elemento amplificaba la dificultad, en virtud de su postulada transparencia, de la realización de las aspiraciones ácratas a nivel de las articulaciones contingentes de la coyuntura histórico-política (Olalla, 2007).

La concepción ghiraldiana de lo político se inscribía en una representación fatalista del presente que, si bien reconocía el carácter material de la continuidad atribuida al desarrollo de la historia —en el orden de la cual la literatura resultaba adscripta como mediación en la configuración de la conciencia contestataria de las diversas formas de subalternidad—, era incapaz de reconocer la historicidad de aquellas formas de conciencia, no siempre reductibles a las preceptivas de la continuidad. El horizonte así ampliado por una mirada política de lo literario, en la medida en que ésta estaba orientada por las convicciones maximalistas de una escatología política como la anarquista, contribuyó a deshistorizar la práctica política y con ello a la restricción del significado de lo político a la instancia de la conciencia del sentido macro-histórico de una determinada praxis, es decir, como la representación del modo en que una forma particular de práctica política remite a un código universal caracterizado como “la historia”³. Por ello no extraña la recurrencia en el discurso del escritor anarquista

¹ Alberto Ghiraldo fue un escritor de la llamada “generación de Darío”, que compartió con sus coetáneos la percepción del carácter revolucionario del modernismo en el campo cultural latinoamericano. Fue además un prolífico divulgador de las ideas anarquistas. Fue director de revistas culturales vinculadas a esta corriente ideológica como *El Sol*, *Martín Fierro* e *Ideas y Figuras*, director del principal diario anarquista de la Argentina como *La Protesta*. Escritor de crónicas, poesías y obras de teatro, algunas de estas últimas de amplia circulación en el mundo hispánico. Editó el archivo de Rubén Darío y fue albacea literario de Benito Pérez Galdós.

² Aunque es muy profusa la producción crítica latinoamericana sobre este punto consideramos fundamental el tratamiento de la dinámica de localización y relocalización de la autoridad del discurso literario en el período de autonomización del campo cultural latinoamericano de Ángel Rama, Julio Ramos y Graciela Montaldo (Rama, 1985a, 1985b, 1995; Ramos, 1989; Montaldo, 1994).

³ Evidentemente Ghiraldo concibe lo político en términos exclusivamente ideológicos y esto último en clave epistemológica. Por lo mismo lo que está en juego aquí se examina en función de la corrección o no de las representaciones de la historia. La conciencia es pues una estructura que carece de dinamismo. Lejos de la comprensión que por esos años el filósofo húngaro Gyorgy Lukács [1922] estaba desarrollando sobre

de la configuración de una cierta tensión entre los registros epistémico y político que reproduce los extremos de la discusión entre una definición “epistemológica” o “política” de la noción de ideología (Eagleton, 1997: 31). Si en esta discusión se trata de distinguir entre el orden de lo político como el conjunto de los mecanismos con el que el mandato político es sostenido o desafiado y el de lo ideológico como el universo de las formas de aprehensión de aquellos mandatos en el ámbito de las significaciones que dan cuenta de un conflicto en este nivel (32), en Ghiraldo la primacía del registro epistemológico atribuía al extremo político de esta definición de lo ideológico de un componente moral. Esto último le permitía renunciar a la victoria coyuntural en beneficio de una revolución tan definitiva como postergada. No porque, en efecto, esa victoria micropolítica se hallara necesariamente a su alcance —aunque era evidente el predominio del discurso anarquista al interior del movimiento obrero argentino en la primera década del siglo XX— (Oved, 1981; Godio, 1972, 2000; Suriano, 2000a, 2000b, 2001), sino en virtud de que resultaba manifiesta la primacía de la testimonialidad sobre otras formas de articulación de las demandas de los grupos subalternos, hecho que aseguraba la eficacia de la autocumplida profecía de la derrota (Olalla, 2014).

El eje epistémico y el transmutado eje político en moral constituyen los dos registros en los que se mueve la caracterización de lo literario en el ensayo de Ghiraldo sobre la vida y la obra de José Martí que aparece como prólogo al volumen I de las *Obras Completas* del cubano, publicadas en Madrid a partir de 1925⁴ y de las que el argentino ofició como editor (Ghiraldo, 1925: 11-84)⁵.

Ghiraldo se radicó en España en el año 1916, en lo que constituyó una modalidad de autoexilio, al que se vio empujado por la amplificación de la distancia establecida entre sus posiciones políticas y las de la corriente predominante del anarquismo en la Argentina. Su estadía en España se extendió hasta el año 1935. En este período desarrolló una amplia labor intelectual que incluyó la publicación de una segunda etapa de su revista *Ideas y figuras* (1916-1918), de sendos volúmenes de sus crónicas periodísticas y discursos (Ghiraldo, 1917a, 1917b, 1922), de una autobiografía novelada (Ghiraldo, 1928), así como también concibió ambiciosos proyectos editoriales como la publicación de las obras completas de Rubén Darío (1921-1929) y José Martí. La publicación de esta última por Ghiraldo entre 1925 y 1929 no alcanzó a completarse.

el concepto de “conciencia de clase” como una forma efectiva de modificación de lo real, la concepción del escritor argentino reduce la conciencia del sujeto subalterno a la validez o invalidez de las expectativas que orientan su práctica según un orden que previamente fija ciertas prioridades en el campo de las diversas formas de subalternidad. Es decir, el policlasismo anarquista es aquí incapaz de superar los límites de la filosofía de la historia de la ortodoxia marxista (Lukács, 1985).

⁴ La importancia de este aporte de Ghiraldo a la valoración de la obra martiana es vital puesto que como lo señalara correctamente Manuel Pedro González, durante el primer cuarto del siglo XX “la gloria literaria de Martí sufrió un eclipse casi total porque la nueva generación no lo conocía, y, además, ignoraba la profunda influencia que su prosa había ejercido durante dos décadas sobre la de sus contemporáneos, incluyendo la de Rubén Darío” (González, 1969: 82-83). Aunque sólo se publicaron ocho volúmenes de las obras completas del cubano, esta tarea estimularía el reconocimiento en el mundo hispánico de la producción martiana.

⁵ Para un análisis de las ediciones y la recepción de la obra poética de Martí en España remitimos al trabajo de Otmar Ette (1995).

Se editaron 8 volúmenes en la editorial Atlántida, perteneciente al prolífico intelectual de izquierda Artemio Precioso, bajo cuyo paraguas Ghiraldo publicó, además, una serie de narrativas breves en la célebre colección *La Novela de Hoy* (Ghiraldo, 1929, 1930, 1931a, 1931b). El intento ghiraldiano de edición de la obra del cubano se inscribe en su promoción del conocimiento de la literatura latinoamericana en el mundo cultural hispano, y esto obedeció a su convicción de que el afianzamiento de la cultura hispanoamericana constituiría un dato político relevante en el contexto del incesante despliegue del proyecto imperial norteamericano. La inserción de este proyecto editorial en el programa antiimperialista de vastos sectores de la intelectualidad latinoamericana en las décadas del 20 y el 30 del siglo XX fue testimoniado por su obra más significativa en término de definiciones programáticas de este período como su *Yanquilandia bárbara* del año 1929 (Cfr. Pita González y Grillo, 2012).

2. El texto

La forma de presentación de la producción martiana, por parte del escritor ácrata, hace evidente la trabazón de los componentes cognitivo y ético, en un discurso que adopta como trama las diversas formas de objetivación martianas y, con ello, de las diferentes fuentes de que se nutre la subjetividad del artista. Martí es poeta, orador, periodista y educador. Dichos roles constituyen la expresión del “oro finísimo de su inteligencia, puesta al servicio de un ideal altísimo: la libertad de su patria” (Ghiraldo, 1925: 12). La trama de un sujeto que se produce al calor de su obra literaria en sus múltiples manifestaciones no se escande sino en función de su “inteligencia” y de la capacidad de esta última de sujetarse a una expectativa libertaria, a una representación cuya altura se halla en la identidad de dicha representación con la dirección progresista del curso histórico.

Así, la tensión entre el sentido estético y el político resulta configurada en torno de los extremos “lira guerrera” y “lira íntima”, en cuyo orden la comprensión de aquella obra da cuenta, en virtud del concurso de la mediación de la historia, de una cierta primacía de la primera sobre la segunda, aun cuando la poesía martiana posee el atributo de ambas.

Este hombre, todo luz, cantó la libertad y el amor poniendo en sus estrofas lo más puro de su corazón y de su cerebro. Aún no sabe América cuán grande es el tesoro lírico, la mina de diamante encerrada en la producción de este poeta. Y no lo sabe porque la obra inmensa del hombre político que fue Martí atrajo, sedujo, concentró, la mayor atención de las multitudes, no preparadas, por otra parte, para percibir matices líricos, y porque la época de lucha en la que le tocara actuar no era, por cierto, la más aparente para apreciar el canto del ruiseñor, ruiseñor que además, disponía de la maravillosa voz tribunicia para agitar, conmover y levantar, en oleadas revolucionarias, a todos los corazones.

Esta tarea revolucionaria fue la que acaparó, diremos así, las facultades excepcionales de Martí. La labor de dar libertad a su patria, oprimida, constituyó el norte de esta vida tan generosa (14-15).

Aunque la tensión presente en el discurso del escritor argentino es proyectada en su lectura de la obra y la praxis de Martí y en función de ella asumida como una forma significativa de productividad estética y política, es manifiesto su esfuerzo de fundar la prioridad del extremo cognitivo de aquella tensión en el campo de la historia, en cuyo orden “las multitudes” son incorporadas como agentes del proceso que determina la señalada primacía. No obstante, lo que las incorpora es su deficitaria capacidad para reconocer los “matices líricos” de una poética que en virtud de aquella demanda histórica disuelve la contradicción apoyándose en su vocación política.

La bipolaridad configurada por la existencia de dos registros claramente delineados no es, sin embargo, una forma de caracterización del discurso propio y del otro, es decir, como deliberado intento de poner de manifiesto el componente axiológico del enunciado, sino un modo de señalar el carácter polifónico de la propia enunciación y aunque la tendencia de Ghiraldo en este movimiento es la de afirmar la prioridad de la “lira guerrera” sobre la “lira íntima”, no lo hace en términos del despliegue de una condición ontológica de la escritura, sino en virtud de una decisión política. Esta última inscribe en la obra literaria una forma particular de conflictividad que en el caso de la valoración de la propia literatura se postula como ligada al momento de la producción del discurso literario, pero en el caso de la obra martiana es desplazada a la instancia de la recepción. La producción literaria del cubano se comprende sobre el fondo de su carácter tensional, pero su lectura remite al orden de la historia, horizonte en el que aquella “época de lucha” asigna un rol heroico que Martí asume como una demanda sistémica. Aquella recepción convierte al cubano en un instrumento de la revolución. Su heroicidad se halla apoyada en su consecuente ejercicio de una función surgida de la coyuntura histórica. La articulación entre el registro epistémico y el político es posibilitado por la condición moral del reconocimiento de la legitimidad de la demanda social de un sujeto subalterno.

2.1. Conciencia política

La complejidad emancipatoria del discurso martiano es atribuida por Ghiraldo a la vocación del cubano por hacerse cargo de una demanda cuya representación exige el concurso de su inteligencia, puesto que lo que en dicha afirmación se halla en juego es menos la belleza de su formulación que la “verdad de su postulado” (22). No extraña que la “idea” se convierta, para el escritor argentino, en el objeto del discurso literario. La virtud martiana se manifiesta, sin embargo, en la pertinencia del señalado postulado. La recursividad, en tal sentido, parece evidente, puesto que las categorías con las que juzga la corrección de las representaciones vinculadas a una determinada forma de conflictividad social son examinadas como válidas en función de un principio moral y en sentido inverso, cuando el registro examinado es el moral su pertinencia retórica es juzgada en términos de adecuación epistémica. En cualquiera de los casos se evidencia una tendencia a identificar los planos de la verdad y la veracidad⁶,

⁶ Remitimos aquí a los diversos niveles del concepto habermasiano de “pretensiones de validez universal”. El filósofo alemán distingue distintos registros desde los cuales un acto de habla puede ser impugnado. Podemos cuestionar la validez de un acto de habla ya sea que rechazemos su “rectitud” en el marco de determinado contexto normativo, la “veracidad” subjetiva de la expresión, así como también en relación

en un movimiento que da cuenta del recurso a un fundamento que excede la restricción de estos planos de las pretensiones de validez en dirección de la historia. Es el principio histórico de la resistencia a las formas efectivas del dominio político lo que asegura la validez epistémica de la promoción de la independencia de Cuba y, con ello, de la “dignidad de América”. El carácter axiológico de la lectura ghiraldiana de la verdad, que se porta en el nivel de las representaciones, resulta afirmado en virtud de la exigencia política coyuntural, cuya validez se juega en este último orden de cosas. “Su obra de propagandista de una idea política es única en América” (13). Pero el sustento de esa afirmación no es tanto la caracterización de su postulada verdad, sino la de su consecuencia intencional, ligada al sacrificio impuesto por un juramento, en virtud de que el cubano oportunamente “juró libertar o morir por la Independencia de su pueblo” (13).

La tendencia a identificar el plano objetivo de la verdad y el subjetivo de la veracidad y a examinar la necesidad de operar en este registro de discurso como una demanda de la coyuntura socio-histórica, torna permeable a la concepción ghiraldiana de lo político respecto del establecimiento de un fundamento de orden meta-histórico en el que las diversas formas de la resistencia al dominio material y político del capital resultan epistémicamente priorizadas. Este movimiento tiene como fin la manifestación de la condición performativa del discurso literario martiano (Giorgis, 2006). Su politicidad, por tanto, no es solamente percibida como una forma consecuente de moralidad, sino como una expresión objetiva de la orientación histórica, en cuyo orden la cualidad de la poética del cubano consiste en su capacidad para integrar los diversos registros de la validez —el de las representaciones, el de las intenciones y el de la historicidad. Así, la verdad de su escritura estriba en su “fuerza poética” y en la eficacia con la que ella expresa las demandas libertarias inscriptas en la historia. La trabajosa conquista de la “sencillez de la forma” es ya no la perfecta metáfora de la lenta afirmación del pueblo cubano y con él de Nuestra América, sino la representación más acabada de la sensibilidad implicada en aquella lucha entre la tradición y la renovación literaria, pero también entre las formas efectivas de dominación política y las manifestaciones de sus resistencias.

Como poeta, Martí es un precursor en América. El verso adquirió en los labios de este artífice una gracia, una ductilidad, una fuerza desconocida, reveladoras de una nueva y riquísima sensibilidad. Antes que los renovadores líricos —cuyos méritos culminaron en Darío— se manifestaran, él había alcanzado la difícil sencillez de la forma, que es virtud inapreciable de los artistas supremos (Ghiraldo, 1925: 14).

con la “verdad” del enunciado mismo. El reconocimiento intersubjetivo de la validez de un acto de habla debe darse en función de tales niveles: rectitud normativa, veracidad subjetiva y verdad objetiva. Habermas se apropia de dichas distinciones de tal forma que extiende las mismas a las actitudes y al concepto de mundo que aquellas configuran. Así es como a la actitud objetivante que se corresponde con la verdad del enunciado le sigue un mundo objetivo, a la actitud expresiva que arraiga en la veracidad subjetiva el mundo subjetivo de las vivencias y finalmente, a la actitud de conformidad o crítica respecto de las normas sociales le corresponde el mundo social en el que dicha pretensión es considerada legítima o ilegítima (Habermas, 1989: 393 ss.).

Las categorías que Ghiraldo despliega para caracterizar la producción poética de Martí como “gracia”, “ductilidad”, “fuerza desconocida”, dan cuenta de su esfuerzo por integrar al registro estético de la literatura el componente histórico-político puesto de manifiesto aquí como modalidades de representación de ciertas capacidades de desplazamiento, movimiento, creación, es decir, en formas discursivas de producir acontecimientos.

La productividad del discurso martiano es asumida por Ghiraldo como una “tarea revolucionaria” (15), en cuyo orden la prioridad del componente político sobre el estético no resulta disruptiva, por cuanto la forma de tal discurso puede captar las demandas históricas de las aspiraciones libertarias de una nación, entre otros modos de manifestación, en la figura del “verso libre”⁷.

La posibilidad de una identificación de las formas estéticas con la promoción de una determinada dirección del curso histórico se encuentra en la capacidad para manifestar del modo más eficaz las ideas que aseguran el sesgo libertario de aquella dirección. En tal sentido la articulación de un sentido para las diversas representaciones de la historia está ligada a una cierta “matemática musical de las ideas y las palabras” (19), cuya postulación da cuenta del intento ghirdiano de hallar en la historia un fundamento para su praxis y discurso, que garantice la pervivencia del sentido de una militancia, incluso en la experiencia de la derrota. Con todo, aquella capacidad para integrar los registros estético y político en la obra martiana produce un efecto de verdad que Ghiraldo no puede destacar sino en virtud de haber determinado previamente el carácter histórico de toda lectura, de toda escucha:

Encarnó y llevó por el mundo la idea de la Independencia de Cuba —que era la de la dignidad de América—, con tal tesón, con tanta inteligencia, con tal luz en la mente, que escucharlo era entrar en la verdad de su postulado (22).

El escritor anarquista argentino debe reconocer la eficacia retórica de la palabra martiana, pero no en función, sin más, de la belleza de su discurrir, sino en la medida en que esta última resulta vinculada al carácter moral de la voluntad —“tesón”— y al sentido epistémico de la “inteligencia” y la “luz”. Por lo que, aun cuando esta última metáfora de la cognición es utilizada con significativa recurrencia, la verdad es, para Ghiraldo, el efecto de la articulación de los registros práctico, teórico y estético.

La labor de cronista de Martí revela este cruce en la condición misma de una forma novedosa de escritura y con ello de subjetividad. La experiencia de esta novedad, muchas veces asumida como resultado de la incompreensión del rol de los intelectuales y de los cambios en el campo literario de principios del siglo XX, constituye,

⁷ Ghiraldo cita el comentario de Miguel de Unamuno sobre *Versos libres* en el que Unamuno reconoce la pertinencia formal de aquella estructura poética para expresar la sensibilidad de una época: “¿Creéis que podría decirse lo que Martí dice en aquel tremendo poema que se titula ‘Amor de ciudad grande’ si se intentara decirlo en esos insoportables alejandrinos pareados que han querido algunos trasladar del francés al castellano? No; esas cosas no pueden decirse sino como Martí las dijo” (16).

para el escritor anarquista, una forma fructífera de mediación en orden a la creación literaria, por cuanto la descripción de los fenómenos sociales, políticos y culturales exige una interpretación que haga manifiesta la historicidad de los objetos descriptos.

En la cima de esta caracterización de las formas que adquiere la praxis y la poética martiana se halla aquella práctica que promueve la síntesis de los aspectos cognitivo e histórico inscribiéndolos en el orden de lo político, como es la educación. En este rol Martí revela el dinamismo que Ghiraldo atribuye a aquella articulación operada por la inteligencia del cubano, cuyo “caudal” revela una apropiación libertaria del pasado, y la creación de nuevas configuraciones de su “atmósfera”. Así, no extraña su determinación del componente generacional para el escritor “maestro de juventudes”, cuyo lugar común no impide reconocer su intento de dotar a la labor pedagógica de Martí de un sentido político, en la medida en que constituye una forma de praxis en la que el objeto es el conocimiento y en la que la significatividad de este último se halla fundada sobre el fondo de su incorporación en una tradición disputada en clave ideológica, pero en la que ha de reconocerse como finalidad la creación de las condiciones necesarias para la irrupción de formas nuevas de emergencia social. Afirma Ghiraldo en tal sentido:

[C]omo maestro, formaba el núcleo primero para después inculcarle su sabiduría, exponiendo a sus discípulos todos los conocimientos alcanzados por el hombre en su incesante afán de investigación. Y así, sin forzarlos, descendiendo hábilmente hasta los más oscuros cerebros, con la pasión generosa del que necesita hacer partícipe al hermano del tesoro que no considera propio, iba despertando espíritus y lanzándolos al espacio con el placer de un creador (28).

2.2. Conciencia moral

La especificidad asignada por el escritor argentino a la literatura de ideas es la posibilidad de constituir una forma de interpelación que posee como objeto una idea y como fin una forma de praxis política libertaria. Las condiciones para que dicha práctica sea efectivamente promovida en el nivel de la universalidad remiten a un horizonte político, consistente en la exigencia misma del desarrollo histórico, puesto que este revela un patrón progresista para su curso. Pero además, el nivel en el que la exigencia universal encarna en un sujeto particular la dimensión remitida —que funda la posibilidad de interpelación—, se sostiene en otro tipo de representaciones: aquellas que dan cuenta de la disposición de un individuo para asumir las exigencias impuestas por la historicidad misma de su acción. La dimensión suscitada por la incorporación de un patrón universal en el orden de la práctica individual es la moralidad. La distancia entre los recursos materiales disponibles implicados en una coyuntura específica y la dirección que impone aquel patrón histórico promueve formas de heroicidad ineludibles para el militante comprometido con una causa justa. El caso de Martí es, para el argentino, modélico, ya que revela de modo fehaciente el carácter políticamente productivo del sacrificio. Afirma Ghiraldo:

Dio su sangre, realizando así su último acto político, porque Martí no corrió, sable en mano, al frente de los soldados de la libertad, para matar opresores. Fue a la lucha para que los opresores lo mataran. Convencido de la fecundidad del sacrificio, corrió a él sereno, iluminado. Pocos ejemplos en la historia tan sublimes y generosos (13).

Es significativa la renuncia a la comprensión del sentido material de la conflictividad en beneficio de la confianza en el curso de la historia representado como ciclo. La fecundidad de su muerte, consiste en la fundación simbólica del ciclo revolucionario, en la inscripción de esta praxis virtualmente convertida en un principio trascendental, cuyo objeto es la liberación de la memoria ocluida por las fuerzas retardatarias de las que dispone la historia residual. La caracterización de una práctica política que rehuye a su materialidad para refugiarse en el orden de la sublimidad y la generosidad se explica como un componente retórico destinado a la representación de lo político como tensión entre un orden histórico universal y la voluntad individual de asumir el mandato de la universalidad —cuestionado a nivel de la coyuntura por las relaciones de dominio efectivo. El compromiso con la afirmación de las diversas formas de la subalternidad se comprende como una instancia de la moralidad, aunque al costo de despojar a los procesos de emergencia de aquellas de su carácter dinámico, en la medida en que niega su capacidad de rearticulación de una demanda que, si bien surge por fuera de la red de dominio que los anarquistas vinculan al Estado, es capaz de redireccionar algunos resortes institucionales hacia formas políticas de reconocimiento.

El desplazamiento que Ghirardo consume en su lectura de Martí del plano de lo político al plano de lo moral da cuenta de su esfuerzo por asignar a la praxis un sentido universalista que, si bien privilegia la instancia cognitiva de la representación objetiva de la dirección histórica, exige el concurso de la voluntad para asegurar la veracidad de su manifestación subjetiva. En este orden, el argentino recupera de la obra y la vida de Martí un elemento que permite articular la universalidad cognitiva de la historia y la particularidad moral de la voluntad. En efecto, al hablar de la posición crítica que Martí adopta respecto de la descripción raciológica de la estructura social de América —tentación a la que un gran sector de los intelectuales progresistas del último tercio del siglo XIX no pudo renunciar— el escritor anarquista afirma que aquella constituye una expresión del “sentimentalismo” martiano.

Nadie, como Martí, en América, había exteriorizado, hasta que él hablara, pensamientos tan profundos y generosos respecto de la confraternidad de las razas, ni nadie brindó al negro un afecto tan cordial como el que se constata a través de toda su obra [...]

Martí, creyendo como Guyau, que el que no obra como piensa no piensa completamente, consideraba que no había en Cuba más que una raza: cubanos [...]

Martí fue un hombre excelso que no abrigó nunca el odio en su corazón. Fue un elegido, una flor purísima de humanidad. El alto sentimentalismo de Martí, produjo frutos óptimos durante la guerra que dio la Independencia a Cuba (74-75).

Una intuición moral universalista —pero que, no obstante, no desvía su curso hacia un registro de índole formal, como la promoción de la fraternidad entre los hombres—⁸, pone en cuestión la validez de aquella categoría que impregna de cientificidad las afirmaciones del discurso letrado latinoamericano de fines del siglo XIX⁹ y asegura la recíproca coexistencia de los órdenes de la historia y la moralidad. El señalamiento de que “el que no obra como piensa no piensa completamente” constituye la clave de la preocupación ghiraldiana por ofrecer un fundamento extrapolítico a la práctica libertaria. La exigencia de coherencia entre la diagnosis del presente y la voluntad de modificarlo en una dirección previamente afianzada, tanto por la acumulación de una memoria libertaria, como por las convicciones morales humanistas, hace manifiesto el movimiento ghiraldiano mediante el cual se afirma un tipo de compromiso que exige tanto la corrección epistémica para la interpretación del curso histórico como la determinación de obedecer al mandato que aquella crea. La categoría de “sentimentalismo” es un modo lateral de caracterizar, en sentido rigorista, el vínculo de un sujeto consciente de la demanda libertaria de las fuerzas que operan en la historia con el mandato de su realización. Lejos de constituir una cierta inconsistencia del discurso moral del escritor ácrata, la representación de la experiencia de la alteridad, en términos de la manifestación de los sentimientos, debe comprenderse como la introducción de un registro voluntarista en un orden de cosas virtualmente asegurado por el curso de la historia. O dicho de otro modo, como la justificación de aquello que, aunque ha sido prometido, exige ser develado. En esta tensión entre lo que debe ser realizado y la dinámica de su efectiva realización se asegura la pervivencia del ideal libertario, aun en aquellos momentos en los que la experiencia de la derrota exige posponer indefinidamente la victoria. La inexorabilidad de esta última exige, sin embargo, la continua revitalización de las representaciones que operan como sus anticipaciones, tanto como un compromiso definitivo con la posibilidad de transmisión de aquellas —revelándose como una forma del deber. Señala Ghiraldo, al narrar la muerte del maestro cubano.

⁸ “El pensamiento martiano cala así en una profunda crítica a la arbitrariedad de los motivos que pretenden justificar un sistema de estratificación social. Frente a los sistemas políticos en los que los sujetos sociales se encuentran fuertemente jerarquizados, el cubano afirma la libertad y la dignidad en tanto premisas reguladoras del progreso de la humanidad y en tanto, también, condicionamiento necesario para enriquecer las pautas de unión y respeto recíproco. Así, cuando la pelea es de humanidad los hombres canalizan su marcha hacia la libertad y aúnan sus fuerzas en la consecución de la dignidad por la que luchan unos y otros. Los hombres dan sentido a sus propios modos de ser y existir en un proceso que evidencia la dialéctica entre la praxis humana y las proyecciones de las ideas que la expresan. La dinámica de estos procesos determina el valor de la vida humana y perfila la afirmación de los hombres como sujetos de la Humanidad” (Giorgis, 2006: 309-310).

⁹ Miguel Gomes ofrece, a propósito del estudio sobre la ensayística del autor boliviano Alcides Arguedas, un análisis del discurso raciológico latinoamericano en el que destaca la articulación de los registros político, estético y científico. La evidencia de la intervención performativa de un discurso que se estructura jerárquicamente en torno de las diferencias tornaba presumible la exigencia de la mutua legitimación de un lugar de enunciación para cada uno de los registros señalados. Por ello no extraña el carácter orgánico de la raciología con la afirmación de un *corpus* letrado de interpretación de la conciencia nacional latinoamericana. “Puesto que parto de la idea de que raza y discursividad son inseparables, un examen de mecanismos de representación verbal podrá ser útil para confirmar, por una parte, la artificiosidad de lo postulado como verdad científica y, por otra, la complicidad que en la forja de esa ilusión una y otra vez han tenido miembros de lo que Ángel Rama definió como ciudad letrada” (Gomes, 2006: 177).

El héroe, sereno, altivo, magnánimo siempre, ya su obra cumplida, va a encaminarse al sacrificio. No le resta sino morir. Él ha sido el inspirador, el númen del movimiento, del alzamiento armado dentro y fuera de la isla, el propagandista genial, el organizador incansable, el verbo, centelleante y deslumbrador, que ha arrastrado a todos. ¿Podía quedarse en tierra yanqui el más audaz de los rebeldes esperando, sin riesgos personales, el resultado de la invasión, quien era su alma y su guía? ¿El que forjó el rayo liberador de su pueblo, podía temer al plomo del enemigo?

Por eso, cuando ‘sonó la hora natural’ —como él decía—, estalló la revolución que él fomentara [...]

Antes de estallar la revolución del 24 de febrero de 1895, Martí partió rumbo a Cuba sin que nada ni nadie pudiera disuadirle de lo que él consideraba deber inexorable: ir a exponer su pecho a las balas de los opresores de su tierra y morir en ella ‘de cara al sol’ como debía caer el último redentor de América (Ghiraldo, 1925: 80-81).

La consolidación de la tensión antes señalada exige el sacrificio de aquellos individuos que con su voz son capaces de instigarla. El acontecimiento se configura aquí por la confluencia de una coyuntura posible por el itinerario libertario de las fuerzas que dinamizan el orden histórico, frente a cuya estructura la experiencia es vivida como “hora natural”, y por la interpelación simbólica de quienes la “fomentan”. Estos últimos adquieren dicho estatus en virtud de su capacidad de intelección de la urdimbre dialéctica de lo real, el costo es el martirio y la poética su lenguaje.

3.Consideraciones finales

En Ghiraldo, la historia es el escenario del desarrollo de las fuerzas sociales emergentes. Dicha condición define su vocación libertaria. La literatura adquiere en este orden la representación de las articulaciones posibles entre las diversas formas de resistencia a la opresión. Sobre el fondo de esta concepción de la historia se configura una representación del intelectual militante como portador de un modo particular de cognición de lo político. Si comparte con los escritores de su generación la inmediata referencia epocal para su producción y, por ello, su pretensión exclusivista, la experiencia contradictoria de ésta moviliza el registro trágico de su discurso.

La insoportable carga que brota de vislumbrar la inevitabilidad de un futuro de realizaciones libertarias, la exigencia de la incitación histórica de una praxis, así como las dificultades en la empresa de superación de ciertas condiciones objetivas que retardan aquel advenimiento, se inscriben en un discurso maximalista que tiende a inhibir la historicidad que pretende recuperar.

Bibliografía

- Eagleton, Terry (1997): *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Ette, Otmar (1995): *José Martí. Apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*. México: UNAM.
- Ghiraldo, Alberto (1917a): *El peregrino curioso. Mi viaje a España*. Madrid: Sanz Calleja.
- Ghiraldo, Alberto (1917b): *El peregrino curioso. Vida política española*. Tortosa: Monclús.
- Ghiraldo, Alberto (1922): *Argentina. Estado social de un pueblo y Argentina (estado social de un pueblo)*. Madrid: s/e.
- Ghiraldo, Alberto (1925): “Prólogo”. En Martí, José: *Obras Completas*, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo, *Lira guerrera*, Volumen 1. Madrid: Atlántida.
- Ghiraldo, Alberto (1928): *Humano ardor*. Barcelona: Lux.
- Ghiraldo, Alberto (1929): *El gaucho Antenor*. Madrid: La Novela de Hoy. .
- Ghiraldo, Alberto (1930): *Las siete palabras*. Madrid: La Novela de Hoy.
- Ghiraldo, Alberto (1931a): *Las caras del amor*. Madrid: La Novela de Hoy.
- Ghiraldo, Alberto (1931b): *Milache*. Madrid: La Novela de Hoy.
- Giorgis, Liliana (2006): *José Martí. El humanismo como filosofía de la dignidad*. Rio Cuarto: Ediciones del ICALA.
- Godio, Julio (1972): *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes, asalariados y lucha de clases (1880-1910)*. Buenos Aires: Erasmo.
- Godio, Julio (2000): *Historia del movimiento obrero argentino*, Tomo I. Buenos Aires: Corregidor.
- Gomes, Miguel (2006): “El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la raciología”. En *Cuadernos del CILHA*, N° 7/8, Mendoza.
- González, Manuel Pedro (1969): “Evolución de la estimativa martiana”. En Schulman, Iván y Manuel Pedro González: *Martí, Darío y el modernismo*. Madrid: Gredos.
- Habermas, Jürgen (1989): *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo I. Madrid: Taurus.
- Lukács, Gyorgy (1985): *Historia y conciencia de clase*, 2 vol. Buenos Aires: Orbis-Hispamérica.
- Montaldo, Graciela (1994): *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Olalla, Marcos (2007): “El ensayo político anarquista en Argentina. Historia, política y literatura en *Los nuevos caminos* de Alberto Ghiraldo”. En *Cuadernos del CILHA*, N° 9, Mendoza.

- Olalla, Marcos (2010): “La izquierda modernista en la Argentina. El discurso estético de Manuel Ugarte y Alberto Ghiraldo”. En *Solar*, N° 6, Lima.
- Olalla, Marcos (2014): “Mesianismo, escatología e intertextualidad bíblica en el discurso anarquista. La concepción de la historia en el pensamiento estético-político de Alberto Ghiraldo”. En Delhome, Joel y Daniel Attala (dir.): *Cuando los anarquistas citaban la Biblia. Entre mesianismo y propaganda*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Oved, Iacov (1981): *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México, Siglo XXI.
- Pita González, Alexandra y Grillo, María del Carmen (2012): “Historia y antiimperialismo: *Yanquilandia* bárbara de Alberto Ghiraldo (1929)”, en Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coord.): *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. México: El Colegio de México – Universidad de Colima.
- Rama, Ángel (1985a): *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil.
- Rama, Ángel (1985b): *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Angel Rama.
- Rama, Ángel (1995): “La democratización enmascaradora del tiempo modernista”. En Ángel Rama *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, selección y prólogos de Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez.
- Ramos, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

